
CAPÍTULO IX.

Proflaxis.

Dicese que para curar la plaga de la anarquía no hay más medios que el fuego y la muerte.

Encuentro justo y razonable que se tomen medidas enérgicas contra los anarquistas, siempre que no sean tan exageradas como las actualmente tomadas en Francia é Italia, efecto de momentáneas reacciones, impulsivas como las causas que las han producido, y capaces á su vez de conducir á nuevas violencias.

No soy yo, ciertamente, enemigo de la pena de muerte; pero sólo la acepto tratándose de criminales nacidos para el

mal, cuya vida sería un constante peligro para la de muchos hombres honrados: por esta razón no hubiera yo dudado en condenar á tal pena á Pini y á Ravachol; pero si hay algún gran crimen al que no deba aplicarse, no ya la pena capital, sino ni aun las penas graves, y menos las infamantes, me parece que es el de los anarquistas.

En primer lugar, porque la mayoría no son más que unos locos, y para los locos está el manicomio, no la horca ni el presidio; y además, porque hasta cuando son criminales, su altruismo les hace dignos de alguna consideración, pudiendo ser, una vez encaminados por nuevas sendas (y la naturaleza, por ejemplo, histérica de Vaillant y Henry, podía dar grandes esperanzas), utilísimos á la sociedad para la que antes eran un peligro. A Luisa Michel la llamaban en Nueva Caledonia la *Virgen Roja*, por sus caritativos desvelos en beneficio de los enfermos y de los infelices.

En otros muchos reos de ocasión ó de pasiones desequilibradas por una insuficiente educación, por un exceso de sentimentalismo ó por la miseria propia y ajena, no aplicaríamos la pena de muerte aun cuando para nada entrara la pasión política en su delito (1).

Es además preciso considerar la extrema juventud de casi todos: Langs, veinte años; Schwabe, veintitrés; Caserio, veintiuno, etc., y que si en esta edad la audacia y el fanatismo llegan á su máximo, es para atemperarse después; por eso es común en Rusia decir que todo hombre honrado es nihilista á los veinte años y conservador á los cuarenta.

Es menester también no olvidar que no se extingue una idea con la muerte de los que la lanzan al mundo y la sostienen; muy al contrario, ocurre con frecuencia que la aureola del martirio es un incentivo que la hace crecer y propa-

(1) FERRI, *Discorso parlamentare*, 7 Julio 1894.

garse; en tanto que si la idea fuera estéril, ella sola caería; de otro lado, así como es imposible en el corto periodo de la vida juzgar acertada y concluyentemente á un hombre, así también es efímera la existencia de una generación para poder lanzar con seguridad sobre determinada idea el calificativo de falsa, y aplicar en su consecuencia una pena tan radical como la de muerte á los defensores y propagadores de la tal idea.

Además, la supresión de estos propagadores no tiene otro fin que el de evitar fatales reincidencias en el mismo sentido que el primer delito, porque sería ilusoria candidez el pretender aniquilar el fanatismo y la neuropatía, que más se exaltan que se borran con el castigo: no había aún muerto Ravachol, y ya era un semidiós, un dios verdadero; se compusieron himnos en su honor, y á la *Marsellesa* substituyó la *Ravachola*. Dubois, de quien hemos tomado estas noticias, dice que la anarquía ha progresado más

en donde han tenido lugar los procesos y las represiones violentas, que le han servido de propaganda; por ejemplo, en Rohan, Viena, Grenet, S. Etienne, Nimes, Bourg; en Fourmies surgió la anarquía á consecuencia de las sangrientas represiones de las huelgas.

Hemos visto que en Barcelona y en el mismo Paris, después de las severas penas impuestas á los anarquistas que arrojaron las bombas al general Martínez Campos y en los teatros, se han cometido atentados y crímenes iguales y aun más graves; y recientemente ha asesinado Caserio á Mr. Carnot, uno de los hombres de Estado más íntegros y más queridos de su pueblo.

No puede reprocharse á Francia el haberse mostrado débil con los anarquistas; mas al aumento de las represiones ha respondido el aumento de los atentados, y entretanto, en Inglaterra y en Suiza, sin pena ninguna especial, se ha paralizado el movimiento anar-

quista y no ha causado grandes daños.

Una prueba bien patente y en grande escala de la inutilidad de las leyes excepcionales, nos ha dado desde hace tiempo Rusia, donde á cada una de las horribles represiones (y han sido éstas tales como la muerte lenta y solitaria en las minas y cementerios de Siberia) han seguido nuevos y más violentos atentados.

«El fuego de la tendencia revolucionaria—escribe el ilustre pensador G. Ferrero (*La Riforma Sociale*, 1894, página 986)—excita la fantasía de unos cuantos ilusos, fanáticos y sugestionables, que pululan en nuestra sociedad y que son siempre un elemento importante en todas las revoluciones. Hay en toda sociedad una cantidad de gente que tiene necesidad de admirar el martirio, de entusiasmarse con él y aun de sufrirle en ocasiones; que goza con ser perseguida y con creerse víctima de la tiranía y la maldad humanas; que escoge el partido político que más peligros pre-

senta, imitando en esto á los alpinistas, que buscan para una ascensión la montaña en que son mayores los precipicios y es más inaccesible el camino. Para todos éstos no hay ningún excitante mayor para que abracen las teorías anarquistas, que las persecuciones severas y fuertes de que se hace gala. Nada hay más peligroso que proporcionar á su fantasía el cadáver de un ajusticiado. Vaillant, ajusticiado, resulta un mártir; su sepulcro es sitio de peregrinación continua; la leyenda surge, crece, florece, alimentada por esta lluvia de sangre, que fué en todas las leyendas el más incitante elemento.

»..... Se creía cortar con la guillotina las siete cabezas de la hidra anárquica, y ha sucedido, por el contrario, que la anarquía en vez de concluir bajo los golpes de las leyes y de la infamia, no sólo ha tomado nuevo vigor, sino que ha mejorado mucho la clase y el tipo de sus héroes. Esta, por llamarla así, purificación de la anar-

quía es en realidad uno de los aspectos menos comúnmente observados, pero el más importante en los sucesos horribles de nuestros días. El primer héroe de la anarquía en estos últimos años fué Ravachol: un tipo feroz de criminal nato, sanguinario, homicida por robo; una verdadera bestia humana, que desahogaba en la política sus feroces instintos. Después tenemos á Vaillant, que, sin ser inmaculado, era mucho mejor que el primero; había cometido robos y estafas, mas no había asesinado. A él sigue Henry, un joven algo desequilibrado y apasionado, mas de una conducta irreprochable, que logró con su discurso en el Tribunal de Assises — ¡tan profunda y sincera convicción se traslucía en él! — impresionar aun á sus más encarnizados enemigos. El último, Caserio, era sin duda un fanático honrado, que jamás cometió un delito común, que era incapaz de cometerle, y que tan sólo la ceguedad de la pasión política pudo impul-

sarle á hacer lo que hizo. Después de año y medio de represiones violentas se encuentra el Gobierno francés, como todos los Gobiernos de Europa, con este resultado maravilloso y en verdad consolador: que mientras la anarquía reclutaba antes sus héroes entre los candidatos al presidio, los encuentra ahora entre los hombres honrados á quienes el fanatismo ó un exagerado espíritu de sacrificio arrastra á la muerte con la misma resolución característica de los mártires de todas las doctrinas pasadas.

»Mas no basta; no sólo la anarquía se purifica, sino que es cada vez más audaz. Los legisladores, que creían espantarla con lo que parece el último talismán mágico de la sociedad civil, deben estar aterrorizados al verla atacar cada vez con más bríos á la sociedad, y atacarla de frente, sin ocultarse, no obstante el lujo de fuerzas desplegado contra ella. Desde Ravachol, que ponía las bombas á hurtadillas y huía, asegurándose siem-

pre el momento de la fuga, hemos pasado primero á Vaillant y á Henry, que arrojan personalmente las bombas en un café ó en el Parlamento, en medio de una gran multitud, con la certeza casi absoluta de ser vistos y arrestados, y después á Caserío, que se sirve del puñal entre una inmensa muchedumbre, sin que pudiera abrigar la menor esperanza de librar su cabeza de la guillotina. Del hombre asustado que comete el delito, por decirlo así, anónimo, hemos llegado al hombre que fríamente entrega su vida por quitársela al ser odiado, y realiza el atentado con la firme persuasión de que desde aquel momento ha perdido su cabeza.

»Estos fenómenos dolorosos, que aterrorizan á los estadistas empíricos y superficiales, no sorprenden á los que conocen un poco á los hombres y la historia. Esta purificación de la anarquía es consecuencia directa de la persecución. Fácilmente se explica por qué los primeros

atentados fueron cometidos por un delincuente verdadero, como Ravachol, y no por algunos fanáticos honrados, entre los que tantos secuaces recluta ahora la anarquía. Si bien es cierto que la moral política y la moral individual están frecuentemente en desacuerdo, como he demostrado en otro artículo; si bien es cierto que muchas veces un hombre honrado é intachable puede cometer, con fines políticos, acciones criminales, hubiera sido muy difícil que sin provocación directa y muy fuerte se decidiera nadie, bueno en el fondo, á comenzar la serie de peligrosos y crueles atentados de que ha sido teatro Francia en estos últimos tiempos. La primera idea debía ser el capricho feroz de una imaginación de criminal nato, que á sangre fría, y á pretexto de las persecuciones, entonces poco graves y duras en verdad, contra sus compañeros, pero en realidad para dar suelta á la innata maldad, se quiere divertir haciendo volar las casas de algu-

nos magistrados, y encontrando bien el juego, le continúa hasta que le cogen preso. Mas después vinieron las persecuciones serias, las leyes excepcionales expresamente votadas, los repetidos guillotamientos; surgió la leyenda del martirio anarquista, y todo esto fué suficiente para empujar por el camino de los atentados á los fanáticos, hasta entonces intachables, secuaces del partido, á quienes no hubiera impulsado otra causa; mas cuando han empezado á ver á sus correligionarios encarcelados por centenas, sus periódicos secuestrados, la cabeza de algún amigo rodar al cesto de la guillotina, han debido sentir excitados aquellos sentimientos altruistas y de solidaridad política que tan vivos son siempre en los partidos extremados y en los fanáticos. Es preciso pensar que Vaillant, Henry, todos los anarquistas encarcelados, tenían ó tienen en el partido amigos fieles, en los que la comunidad de ideas, de peligros, de vida, de fanatismo,

estrecha la amistad hasta un punto que nosotros no podemos concebir; es preciso pensar que en estos seres las persecuciones contra sus compañeros excitan su ira, como excitaria la de los sabios y hombres científicos de toda Europa la noticia de que el Czar habia mandado á la Siberia á algún gran pensador por el delito de investigar; es preciso pensar que esos fanáticos ven castigados á sus amigos, precisamente por ser secuaces de la idea que ellos adoran, y de cuya comunidad ha surgido principalmente la íntima amistad con los perseguidos; y después de pensar en esto, no es difícil comprender por qué, apenas comenaron las persecuciones, el tipo del *atentador* se ha mejorado y los delincuentes han sido desde aquel momento fanáticos honrados, hombres en quienes el sentimiento de solidaridad está más arraigado y en quienes por un desequilibrio moral la necesidad del sacrificio es patológicamente intensísima.

«En íntima conexión con esto se halla el otro hecho: el aumento de valor y de audacia. Cuanto más fanático sea el autor de los atentados, más indiferentes le son sus consecuencias; impulsado por el placer del sacrificio, cometerá su delito á cualquier precio, aun teniendo la seguridad de que ha de ser preso, juzgado, condenado á muerte y ejecutado. Un dinamitero como Ravachol, que comete el delito por innata perversidad, procura asegurarse la fuga, y le prenden, gracias á una ligereza; pero un dinamitero como Henry, ó un presidenticida como Caserio, que consuman el atentado por fanatismo, lo hacen sabiendo que les cuesta la vida, sin prepararse la fuga y sin cuidarse de ellos mismos.

»..... Es una ley histórica de incontrarrestable fatalidad que la violencia excita la violencia; y en recientes hechos hemos visto su dolorosa confirmación. Observad lo que en pequeño ha pasado en Italia, y tendréis idea de lo que en ma-

yor escala ha ocurrido en Francia y en España. Crispi parece ser una especialidad para los atentados: en pocos años ha sido objeto de dos, en tanto que los demás políticos italianos no han sufrido ninguno: nadie ha pensado en atentar á la vida de Depretis, por ejemplo. ¿Cuál es la razón de esta diferencia? Que Crispi, entre todos los políticos italianos, es el que tiene mayor prurito en resolver las cuestiones con la fuerza; y por este camino, él mismo polariza, por así decir, la *ideación* de sus enemigos hacia el uso de la violencia, y les arrastra con la sugestión de su mismo ejemplo. En cambio, Depretis, que ha preferido emplear la astucia y la habilidad, jamás ha excitado propósitos violentos, como no los han excitado los estadistas templados como Cavour, Gladstone y, en general, todos los políticos ingleses que han usado siempre que han podido de la persuasión moral, no de la fuerza brutal. El mismísimo fenómeno se ha observado en Fran-

cia, donde los atentados criminales del partido anarquista han redoblado en intensidad, desde el momento en que el Gobierno comenzó á aplicar la fuerza en todas sus formas, á las represiones de los atentados; porque todos los propósitos y los deseos de rebelión les fueron directamente excitados.

»Puede objetársenos, es cierto, que si el Gobierno español y el francés han usado las represiones por la fuerza, lo han hecho provocados por la barbarie de los anarquistas; mas es preciso reflexionar que en esta lucha el Gobierno y la clase más elevada, más rica, más poderosa y más instruída, deben dar ejemplo de racionalidad, de calma y de sangre fría, sin recurrir ciegamente, apenas aparece el peligro, al terror y á la guillotina, que crean mártires y excitan al partido cuyo espíritu de lucha y resistencia se quiere destruir.»

Las represiones violentas tienen además la cualidad de ensoberbecer á los

anarquistas, haciéndoles creer que tienen en sus manos los destinos de los pueblos, y también la de inducir á las clases más elevadas, cuya repugnancia á la nueva idea es el mejor baluarte á las furias de estos locos.

Por el contrario, el enviar á un manicomio por lo menos á los epilépticos é histéricos, sería una medida más práctica, sobre todo en Francia, donde el ridículo mata; porque al paso que los mártires son venerados, los locos producen risa, y nunca un hombre ridículo fué peligroso.

De otra parte, las medidas internacionales son inútiles, toda vez que los anarquistas no tienen un punto común de reunión.

A cada momento está la cándida policía descubriendo pistas que al momento se pierden; y ¿cómo no ha de suceder así, si el principio del anarquismo es la exageración del individualismo, y, por tanto, la negación de toda dependencia ó subordinación?

A mayor abundamiento, hay países en que, por la moderación de sus leyes y por su buen gobierno, ni existe la anarquía ni podría en ellos arraigar; y éstos es evidente que no se asociarán á las naciones infestadas para tomar draconianas medidas, que les deshonrarían.

Podrían todos, sin embargo, adoptar algunos acuerdos de policía, comunes, pero no violentos, tales como retratar á los adeptos de la anarquía militante; la obligación internacional de denunciar el cambio de residencia ó domicilio de las personas peligrosas; el envío á los manicomios de todos los epilépticos, monomaniacos y locos tocados de anarquismo—medida más seria de lo que se cree á primera vista;—la deportación perpetua de los individuos más temibles á ser posible, á las islas despobladas y aisladas de la Oceania; la prohibición á los periódicos de publicar los procesos anarquistas; la demostración en forma popular y anecdótica, por medio de mi-

llares de folletos, de la falsedad de estas ideas anarquistas, y por último, el dejar á las poblaciones en libertad de manifestarse contra los anarquistas, aun con hechos violentos (1), creando así una ver-

(1) Como se ve, esta última medida sería una especie de consagración de la ley de Lynch. Ahora bien: convendría distinguir cuáles son los pueblos que reúnen aptitudes para ejercer el magisterio represivo de un modo directo, sin representación, en los casos extraordinarios en que se necesite incoar el rápido y, en nuestro concepto, eficaz proceso del *lynchamiento*. En pueblos nuevos, vigorosos y sanos, como San Francisco de California, por ejemplo, se explican perfectamente los beneficios alcanzados en la práctica de este peligroso procedimiento (recuérdense los maravillosos resultados de los Comités de vigilancia de 1851 y 1877), que puede dar motivo, por otra parte, á tan grandísimas injusticias; pero á sociedades vetustas, donde las pasiones y el espíritu de bandería están muy desarrollados, no es posible, en manera alguna, dejarlas que reintegren por sí mismas el derecho violado; que administren directamente la justicia; que ejerzan, en fin, las funciones inherentes, propias y peculiares del poder judicial. Sobre este interesante punto, véase González Lanuza, *La Ley de Lynch*, discurso; Froilan Cuervo, *Idem id.*, refutación; Garofalo, *Scuola positiva*, de 15 de Agosto de 1893; Dorado Montero, *Revista ge-*